

## **MÁSTIL EN TIERRA**

*Pero esta flor del fondo que ha estallado  
trae toda la luz que fue abolida.*

Pablo Neruda

**ARDE EL MAR**

Tu cabellera      racimos de sol

Tus pestañas tamiz del mediodía

Vienes del mar  
del vórtice azulnegro  
virilidad tajante

En tu exilio nocturno  
rastreas sal  
en grietas que la erosión ignora

El relámpago cruza las vertientes contrarias de tu rostro  
                  árbol petrificado                    agua que fluye

A tu aliento engarzaste mi cauda submarina

Soy ya la otra mitas del sol  
tu opuesta playa.

Arde el mar,  
ceden todas las puertas.

No hay casa que detenga el avance del fuego  
ni ceniza que borre el furor de la sangre.

Horno de mar  
la urgencia nos agobia

Bajo el cenit  
laberintos de espuma multiplican ecos

Tras ardorosas lanzas  
rinde la carne sus fronteras últimas  
Ola que precipita su desplome

Látigo de serpiente

Estalla el coral negro de tus ojos  
cegados en la cúspide del día

Cesa la vibración  
Amalgama entre sangre y transparencia

Abres los párpados  
da luz al mundo.

Un embate de aromas surge de la hierba;  
aquí el aire es más denso sin paredes.

Paladar de la playa,  
otredad del silencio  
donde cesa el derrumbe del oleaje.

Diaria gestación del fuego.

En espiral elevan  
las chozas de maíz  
su parcela de ladridos,  
sus gallos de veleta.

A contener el cielo juegan  
retinas de obsidiana.

Secretos de espuma bullen,  
rozan la quilla de las barcas.

Despierta en ellas el instinto de los peces,  
crece un rumor de gozo en las arenas.

Llegan hombres de sol,  
manos de tizón ardiente.

Abordaje del mar  
olas  
labios hendidos.

Fondo sin fin,  
horizonte  
para quedarse mudos.

Bajo un cuenco de flamas  
el océano

Yo no estoy en la orilla.

Tus ojos entrelazan selva y brumas  
playa donde confluyen mares contrarios

Pinceladas de tiempo anidan en los muelles  
y nadie deja el puerto  
Efímeras distancias permanecen ancladas

Todos los viajes son un mismo barco  
Faro y timón un solo derrotero.

Tumbo de navíos

Irrealidad donde la vida sigue  
sumergida en la densa luminiscencia verde

El mar entre manglares ramifica sus colonias de sal

En aldeas exiguas  
el tumulto embrionario de la hierba

Ráfagas de esbelta desnudez cruzan los patios  
Cobre intermitentes irrumpen en planicies de la sombra

El sol es un molusco que resbala

Los hombres  
a lo lejos  
se hablan de cara al mar

Troncos oscuros lloran su tinta interminable

Un rumor de murallas derruidas  
define la parábola del vuelo.

Conozco el mar.

Consigna que repito ante el espejo  
por desenmascarar su transparencia estéril,  
la nube que en su fondo niega el llanto.

He atravesado la retícula del gris.  
Ardió el álbum de días enmohecidos,  
sin viento.

Conocí a quienes viven del aire de las playas,  
pescan,  
siembran maíz.

Engañan  
su hambre con el canto  
por no vender la voz.

Extravié el sueño en noches de batiente marea.

Renuncié a la rutina,  
territorio de parálisis,  
dosis exacta de culpa.

No pude resignarme  
a esta mezquina medición,  
agonía sin tiempo.

Vuelen todas las ventanas.

Los espejos serán puertas al mar.

## **MAREA DE INSOMNIO**

*Suena como suena el oído cerrado  
como suena el corazón cuando se detiene.*

Jaime Sabines

Por compartir el mar  
el horizonte tiene vértices contrarios

La condena nocturna  
es girar hacia atrás lo engranes del día  
y ensanchar las cuarteadoras de la muerte.

Los perseguidos ahogan su palidez  
en el centro de la noche.

Una estampida de terror los arrastra.

El mar no los perdona  
hiere sus pupilas a sangrar.

Huyen hasta descoyuntarse.

Gritan ante el horizonte impávido,  
dejan jirones de piel en espinas de viento.

No se detienen,  
se desintegran.

Imprimen a la muerte su rictus desorbitado.

Palidece el mar,  
convulso lecho de sonámbulas aves.

Alguien está de pie,  
mástil en tierra,  
buscando arboladuras para aferrar el viento.

Sin sangre ha despertado,  
mudo, con transparente cicatriz,  
y no interrumpe el soplo que dibujan las arenas  
desmoronando en sal su congelada estatua.

No es fácil seducir a la muerte.

Los perseguidos sueñan  
compartir con ella sus orgasmos.

Intentan  
abolir su custodia  
sorprenderla a traición  
rebasarla desde el sueño.

No se atreven.

Un río de muerte a medias corre con su prisa  
y se detiene a tiempo  
cuando ellos cavan fosas provisionarias  
para seguir al paso de las bestias  
retardando en el oscuro cautiverio  
la implacable agitación del alba.

En la disolución rueda el viento nocturno  
distiende  
su sábana de luces.

Quietud donde respiran  
las bocas excoriadas por desiertos.

Oscuridad que espera arder al rojo,  
desollar la blancura,  
romper identidades en la carne.

Rescatar a la noche violada  
en confinados lechos  
donde relojes miden  
raciones de placer  
pausas de muerte.

Los señalados por la devastación  
han dejado los muros,  
las ciudades.

Exterminan las cárceles del tedio,  
su abrazo frente al mar  
es volcán donde estalla  
el corazón terrestre.

¿Qué se busca al hollar la piel amoratada de la noche?

Abolir la primera negación,  
el escollo del tropiezo.

Viento marino para anestesiar la frente,  
y no sentir el clavo que se hunde entre los ojos,  
su crecimiento a la altura del grito,  
su jadeo en presagio de tumba.

Oscuridad que devora  
flores al cerrar frutos.

Altamar es silencio de bocas amargas.

Voces confundidas en rumor de historia,  
red dispersa en la luz.

La amargura del mar no la disuelve el viento.

Fauces en desmesura se desbocan,  
sucumben al cerrar su espiral insondable.

Agua que gira  
en agua se diluye.

La espuma crea ilusorias  
geografías del deseo,  
collares deslumbrantes,  
cúpulas de caricias que se desvanecen.

Estalla el mar burlado,  
rebeldía del ángel que desata  
un tropel de blasfemias.

Son las voces vencidas por la muerte  
que de nuevo cabalgan.

Sube la marea,  
rebasará cualquier boca.

Hay que aprender a respirar de nuevo  
en galope al vacío,  
mientras la juventud ostenta su impudicia.

Cuerpos donde el relámpago proclama sus imperios,  
voces que recuperan fermentación vital.

Jóvenes se consumen,  
espasmo del instante en el centro del sol.

Nada les pertenece,  
ajenos de sí mismos  
buscan en el mar una efímera tregua,  
la exacta detención que necesitan  
si miden su estatura  
antes que la lumbre siga su desgaste en la fragua.

La saliva del mar se agolpa en la garganta.

Incontenible el vómito,  
el delirio.

El circunloquio agita sus aspas y cercena  
la yugular nocturna.

Salpica un tinte espeso  
y cubre la marisma en vapor de masacre.

Es vasto el territorio de lo oscuro,  
interminable su latir agónico  
que se incrusta en las sienas,  
cuando se sabe que mañana es nunca,  
que el mar indiferente nos aísla  
y arranca de la arena  
un alarido de botellas rotas.

Mar que persigue el rastro  
de quien pulsa su muerte como guitarra ajena,  
zarpa que arranca al pecho su cordaje  
en ese acorde mudo que deja al solitario  
a merced de mareas,  
conjurando en su danza el vaivén de los vientos.

Acallar los martillos de plata

Enfrentar la obsesión a su batir continuo

Clavar rejonas de odio en sus pausas inermes

Vencer al mar

Cuando abrúma el cansancio  
darás un paso más entres sus aguas

Y será suficiente.

**AMURALLADO MAR**

*De yacer en sopor de tierra firme  
con puertos como párpados cerrados, que no azota  
la tempestad de un mar de lágrimas  
en el que no logré perderme*

Gilberto Owen

El infierno azul crecía,  
ensañaba su brillo en tu cintura.

Era tu jaula el mar.

Te di la llave entonces,  
ancla para seguir tocando tierra.

Yo te di a luz  
y tú te diste a sombra.

Sin el peso de tu furia,  
sin la carcajada de tu sangre ante el miedo,  
sin tu alcohol de quemadura,  
sin la carnicería de tus palabras,  
me senté frente al mar  
hilando el viento.

El infierno azul crecía,  
ensañaba su brillo en tu cintura.

Era tu jaula el mar.

Te di la llave entonces,  
ancla para seguir tocando tierra.

Yo te di a luz  
y tú te diste a sombra.

Sin el peso de tu furia,  
sin la carcajada de tu sangre ante el miedo,  
sin tu alcohol de quemadura,  
sin la carnicería de tus palabras,  
me senté frente al mar  
hilando el viento.

Y por qué no pensar que nada debo,  
que nunca tuve hijos,  
que no prometí nada.

Que me puedo morir cuando yo quiera.

Cicatrizó el capítulo de fuego.

Un equilibrio triste sustituye aquelarres.

La ausencia enfría igniciones  
de lágrimas.

Todo ha concluido.

Hicimos el amor,  
nos burlamos de todo,  
nos sangramos.

Nos bebimos enteros.

Desde la herida abierta entre las brasas  
un hervor azul brota  
de marea más lejana que el silencio,  
anterior al derrumbe de tu voz.

Nunca pude anegarme en el temblor de bocanada tibia  
que trascendía tu piel.

Vi tambalearse el mundo a través de esa estela calcinada.

Víctimas del deseo,  
al filo de la hoguera araños el aire,  
quisimos respirar pero fue inútil.

Varados tierra adentro,  
nunca tocamos playa.

Blues de aceite y agua sucia.

Ciegos

a contrasangre

resbalemos

con la obsesión del mar restallando en el rostro.

Larva de sal que asciende corrosiva  
por las fosas nasales.

Anguila que socava en una noche laberintos de sueño.

Cuando sólo se escucha el interior  
de muros arañados por la ausencia  
y un hervidero de flores que se pudren  
en la pecera del ojo.